Administración Lírico-dramática

CARLOS EL CIEGO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

VICENTE SANTANA

MADRID
MAYOR, 16, ENTRESUELO
1897

CARLOS EL CIEGO

CARLOS EL CIEGO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

VICENTE SANTANA

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Circo de Colón
el dí 31 de Enero de 1897.

MADRID
A Menarguez, impresor.—Princesa 33
1897

A D. Pelegrín Fidalgo Alonso

En prueba de verdadera amistad dedica á usted esta humilde obra su afectísimo amigo

El autor.

Madrid, 31 Enero, 1897.

PERSONAJES	ACTORES
—	—
D.ª María.................	*Sra. Vargas.*
Amparo...................	*Srta. Cayre.*
Carlos....................	*Sr. Rodríguez.*
Antonio..................	» *Soto.*
Alfredo...................	» *Casanova.*
Gaspar...................	» *Norro.*
D. Lorenzo...............	» *Anello.*
D. José....................	» *Barrajón.*
Inspector.................	» *Montalvo.*

La escena en Madrid.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Sala pobremente amueblada. Puerta en el fondo y laterales. En primer término derecha ventana practicable. Al lado opuesto mesa con cuadro de la Virgen de la *Soledad*, colgado de la pared, y más hacia el proscenio baul viejo que sirve de asiento. Al levantarse el telón aparecen, D. Lorenzo sentado en un sillón viejo de paja que habrá en primer término. Doña María, recostada en uno de los lados del sillón, le contempla.

ESCENA PRIMERA

Doña Maria y Don Lorenzo

Lorenzo. A modo que el hilo corta
de mi vida fiera parca,
más mi espíritu vacila;
más se agota mi esperanza.
No es la muerte, esposa mía,
la que me aflije y espanta;
es tan solo el infortunio
que la desgracia os depara.
Verdad es, que nada valgo,
que soy carga muy pesada
para vosotros, pero... ¡Oh!

cuando una nave se halla
sin el timón que arrancó
alguna fiera borrasca,
juguete es de la corriente
de la primer oleada.

MARIA. No desesperes, Lorenzo!
Cifra en Dios tu confianza,
que El es justo, y de sus hijos
llega un día que se apiada.

LORENZO ¡María! A veces la fe
por un momento me falta;
me parece que se olvida
de nosotros, y si tarda
ese día de ventura,
Dios nos dé su santa gracia
en el cielo... si éste existe.

MARIA. ¡Lorenzo!

LORENZO Perdona.

MARIA. Calma
esa zozobra inaudita
que te atormenta. Descansa
y piensa solo en curarte

LORENZO. ¿Con qué medios, si no hay nada
que vender. Todo agotado,
solo una cosa me falta...
el hospital.

MARIA. No, Lorenzo.
Veremos si Amparo halla
lugar donde trabajar,
ó tus amigos...

LORENZO. Me extraña
que aún no hayas comprendido
que cuando el dinero acaba
la amistad va descendiendo
de tal modo, que se aparta
del infortunio al momento
y miras en lontananza
por recompensa, el desprecio

de la usurera canalla.
¡Hasta mi hermano me olvida
El ha robado la calma,
el bienestar y la dicha
de mis hijos... Yo guardaba
los ahorros de treinta años
de trabajos, y él con ansia
los hurtó del escondrijo
que más astuto acechaba
para huir sin dilación
más tarde á tierras lejanas,
sin honor y sin conciencia.
pero acibarando mi alma.
¿Y dices que al hospital,
esposa mia, no vaya?
¿Cómo no, si hasta el doctor
hace tiempo que lo manda?

ESCENA II

Dichos, Amparo *por el foro.*

AMPARO. ¡Madre mia! ¡Padre mio!
LORENZO. ¡Ah! Ven, Amparo, á mis brazos.
(Amparo abraza á D. Lorenzo)
¿Cómo romper estos lazos
tan pronto el destino impío?
AMP. No hables, padre, de esa suerte.
¿Quién tal cosa decir pudo?
Este cariñoso nudo
¿quién le deshace?
LOR. ¡La muerte!
(Al pronunciar D. Lorenzo estas frases se separa de Amparo asustado.)
MARIA. No habrás podido adquirir... (Ap. á Amparo)
AMP. ¡Nada, madre, todo en vano!
MARIA. (¡Triste suerte!)
(¡Pobre anciano!)

¿Y he de dejarle morir?

LOR. Amparo, hija de mi alma,
acércate, así me agrada.
No llores, desventurada,
y resígnate con calma
al sufrimiento indomable
que hoy en tu pecho se agita
y cuya causa te excita
de una manera insaciable.
En mis contínuos dolores
una sonrisa me agrada
que forme grata alborada
de tan sagrados amores;
esos días de ventura
que eran para mí un Edén,
aquel ensoñado bien,
hoy trocado en amargura.
¡Dios mío!

MARIA. ¡Lorenzo!

AMP. ¡Padre!

LOR. Cese tan rudo desvelo.
Sé tú, hija mía, el consuelo
de tu hermano y de tu madre.
Ayudarme á levantar,
que el descanso necesito,
¿Por qué el destino maldito
nos hace tanto penar?

(Entra D. Lorenzo en la habitación de la izquierda ayudado de doña María y Amparo).

ESCENA III

ALFREDO, luego AMPARO

ALF. ¡No hay nadie! Debo esperar
hasta verla; me es preciso.

(Entra foro esperando)

Ante ella, humilde y sumiso
para poder alcanzar
cuanto más pronto su mano.
Ya sé que mi proceder
con esta pobre mujer
es, vive Dios, harto insano;
mas su tio un capital
le da al casarse conmigo
y no quiero de ese amigo
rechazar un gran caudal.
El mio dilapidé,
y no era fortuna escasa.
Solo me queda esta casa,
la cual nunca venderé.
Amparo se acerca... sí.
¡Mucha astucia es necesario!
Nada me importa el calvario
si encuentro la gloria aquí.

AMP. ¿Cómo poder afrontar
(Amparo sale acongojada sin ver á Alfredo).
de la suerte los reveses?
¡El caliz hasta las heces
de amargura hay que apurar!

ESCENA IV,

AMPARO y ALFREDO

ALF. ¡Amparo!

AMP. ¡Ah!

ALF. Te suplico
que ahora me escuches con calma.

AMP. ¡Calma!

ALF. Escucha; seré breve.
Conozco que tu desgracia
aumenta por intervalos,
y yo quiero repararla
si accedes á mis deseos.

AMP. ¡Jamás!

ALF. Amparo, repara
que á las puertas de la muerte
tu padre infeliz se halla.
Tu hermano no acostumbrado
á ir por calles y plazas
implorando una limosna,
aunque quiera, no le salva.

AMP. De salvarle, caballero,
abrigo yo la esperanza.

ALF. Sé que al hijo de Gaspar
con ceguedad idolatras;
pero es pobre, y una hija
que la salvación rechaza
de su padre. no es posible
que el cielo le dé su gracia.

AMP. ¡Ah!

ALF. Medita lo que haces
si por salvarle te afanas.
Que soy rico, bien lo sabes.
Yo repondré sin tardanza
á tu padre en su destino
en el momento que haya
acabado su dolencia,
y daré cuanto haga falta
para que salgais al punto
de situación tan amarga.
Mas jura que has de ser mia,
que odiarás con toda el alma
á ese escultor maldecido,
y verás entonces cuánta
será la dicha que reine
en esta humilde morada.
Gaspar y Antonio, hace tiempo,
Amparo, que no trabajan,
y aunque hacen mil esfuerzos
por mitigar esta infausta
situación, nada consiguen.

Tu resolución lo allana.
Dicha podrás dar á todos
ó á todos penas amargas.
(Amparo se estremece)
Es cierto que de tus males
hace tiempo soy la causa,
y si no logro tu amor,
entonces será mi saña
incalificable, extensa
hasta que logrado hayas
un sepulcro para ellos
y para tí la desgracia
de vivir en la indigencia
y del mundo despreciada.

AMP. ¡Hazañas de un criminal...

ALF. Conque medita con calma,
que más tarde volveré.

AMP. Es inutil.

Suerte aciaga
al precipicio te arroja
y habré de verte humillada.
(Vase por el foro.)

AMP. ¡Miserable! Dios castigue
tus acciones tan villanas.
¡Ah! Por salvar á mi padre,
sin amor, sería esclava
de aquel que me condujera
ante el ara sacrosanta
siempre que fuera hombre honrado
y á mis padres amparara.
Las ofertas de este hombre
en vez de consuelo, manchan.
(Queda en profunda meditación.)

ESCENA V

AMPARO Y GASPAR (foro)

GASP. (¡Pobre moza! Meditando
se halla siempre en su destino:
mil ideas imagino
que en su mente están cruzando,
y es preciso consolar
siquiera por un momento
tan contínuo abatimiento).
¿Amparo?

AMP. *(Con alegría).* ¡Señor Gaspar!

GASP. Confundes tus alegrías
por esas contínuas quejas
y esos son rezos de viejas...
Basta ya de jeremías.
Ten, Amparo, confianza,
aunque es tu dolor profundo.
No hay desdicha en este mundo
como perder la esperanza.
Y aunque el caso no es prudente
para bailar seguidillas,
me saca de mis casillas
verte así constantemente.

AMP. Mi padre...

GASP. Ya estoy al cabo.
de lo que ocurre en la casa;
sé muy bien lo que te pasa
y tu proceder alabo,
pero lejos de ganar
con esa cara tan mustia,
al contrario, en honda angustia
vas á tu padre á postrar.
Yo, hija mía, aunque es sincero
mi carácter, bien lo ves;
en cuestiones de interés,

suma y sigue, igual á cero,
De la vida ya estoy harto,
y de empeñar, no te asombre;
solo me ha quedado el nombre
y por él, no dan un cuarto.

AMP. ¡Ah! señor Gaspar, á ustedes
no aflige la enfermedad.

GASP. En eso dices verdad;
cuento con esas mercedes
y gracias á Dios, por hoy,
tanto en mí como en mi hijo
no hay enfermedad, es fijo,
y por ello gracias doy.
Sin embargo, siempre tengo
algún cabo por coger;
no gano para comer
hace ya tiempo, y me avengo
aunque me gusta muy poco...
mas á ello nos conformamos,
que unos días no comamos,
pero otros días... tampoco.
Mas ¿qué remedio? Hay que hacerlo,
é inútil es nuestro afán.
¿Que hoy día nos falta pan?
¡Peor sería no verlo!

AMP. Por lo visto usted ignora
más noticias...

GASP. Yo, hija mia,
sé tus penas... mas confia
ahuyentarlas desde ahora.

AMP. ¡Ay, amigo de mi mal,
toda la hiel he agotado.
El médico me ha ordenado
que hoy le lleve al hospital.

GASP. (¡Diablo! Será menester
el último esfuerzo). El caso
no me parece un mal paso,
que aunque os grato tu querer,

dime: ¿qué adelanta aquí
si no cuenta ni alimentos?
Aumentar los sufrimientos
que pueden calmarse allí.
Tú sabes que estando herido
del trabajo, me llevaron
al hospital, me curaron
y tan bien como he salido.
Y si mi salud precisa
volver, aunque Dios no quiera,
no me consulteis siquiera;
allá voy más que de prisa.
Si el caso no es nada nuevo
para quien no tiene rentas
y no creo que tú cuentas
con caudales.

AMP. Yo, si debo
hasta la casa en que habito
siete ú ocho meses.

GAS. No es nada.
Esa es cuenta liquidada.
Yo jamás me precipito
por el casero, aunque estalle,
pues ya conozco su amaño.
Por deberle todo un año
quiso arrojarme á la calle.
Nada, Amparo, los reveses
de la suerte, así se llevan,
pues nuestras desdichas niegan
las cuentas de los ingleses.
Hoy tu padre es ante todo;
déjate de lo demás:

AMP. ¡Padre mio!

GASP. Ya verás
cómo encontramos el modo,
aunque tú lo juzgues mal
de una persona influyente
y estará perfectamente

desde hoy en el hospital.

ESCENA VI

DICHOS. DOÑA MARIA Y CARLOS

CARLOS ¿Al hospital? ¡Madre mía!
¿Oyes lo que están hablando?
MARIA. Si tal; pero no hay remedio
más que la obediencia, Carlos.
La miseria nos agobia
sin cesar por todos lados...
¡Tu hermana ya no trabaja!
CARL. Yo entonces quiero ganarlo
y que dejen á mi padre
con nosotros.
GASP. ¡Voto al diablo!...
Me hace llorar esta gente.)
¡Bah! Ten paciencia, muchacho,
que tu padre ha de volver
muy en breve, bueno y sano.
(¡Para cuándo es el dinero!
Si yo fuera millonario...)
AMP. ¡Pobre hermano mío!
CARL. ¿Amparo?
¿Dónde estás?
MAR. ¡Ah!
(¡Cielo santo!)
A tu lado, hermano mío.
CALR. Tú no dejarás... es claro,
aunque el doctor lo desee,
que aparten de nuestro lado
al que debemos la vida;
al que nos tuvo en sus brazos
y nos enseñó á creer.
No lo consientas, Amparo.
Desde hoy mismo, yo saldré
por las calles mendigando;
suplicaré de rodillas,
si así fuera necesario;

cruzaré calles y plazas
sin temor nunca al cansancio
para traer á mi casa
sustento que de contado
dé la salud á mi padre.

AMP. ¡Oh, Dios! ¿Dónde está el trabajo?

GASP. Basta, basta ya, señores,
que uno tampoco es de barro,
y al llegar casos como estos
debemos de... (¡voto al chápiro!
no estoy llorando también
como un necio.)

MAR. ¡Noble rasgo
de ternura, buen Gaspar,
delatais con ese llanto!
Usted sufre en nuestra suerte...
Usted, Gaspar, es un santo.

GASP. Calle usted por Dios, señora,
yo no sufro, no; al contrario,
quiero animarlos á ustedes
en este horrendo calvario;
pero un nudo en la garganta
me oprimió tanto... que, vamos,
me hizo hacer estos pucheros.

MAR. ¡Oh, gracias! (Enternecido)

CARL. Todo es en vano.
Todo, Gaspar, imposible
y no hay medio de evitarlo.
No sentirá el pobre *ciego*
aquel beso de sus labios,
aquellas dulces caricias
que mi niñez alegraron
en medio de mis tinieblas.
Aquel venturoso encanto
que... perdona, madre mia,
yo también mucho te amo,
mas sin mi padre, aunque vista
me dieran por él á cambio

la obscuridad prefiriera.

GASP. (Lo dicho, ¿á que suelto el trapo otra vez?)

AMP. ¡Ten más paciencia! No tienes bastante tacto para ir solo por la calle, pues desconoces sus *pasos* Yo saldré...

CARL. Iré contigo y en una esquina parado pidiendo te aguardaré.

GASP. ¡Por vida de!... ¡Pobre Carlos!) Señores, calma un momento, que aunque el lance es apurado, resta el último cartucho y es preciso aprovecharlo.

(Ap. á Amparo).

¡Tened un poco de calma! Mira, Amparo, dile á... vamos, que envuelva mis dos camisas y haga un viaje, no es largo, hacia... *Peñaranda*, ¿entiendes?

AMP. ·Cómo! ¿Acaso?...

GASP. Está muy claro.

AMP. No, de ninguna manera. Harto hace con ayudarnos en todo aquello que puede y en proporcionarnos caldo que él nos manda con frecuencia.

GASP. No vale todo un ochavo.

MAR. ¿Qué dice el señor Gaspar?

AMP. Pues pensaba...

GASP. Chits, callando.

MAR. Algún nuevo sacrificio ¿no es verdad?

AMP. Empeñar algo para nosotros.

MAR. ¡Dios mío! Tanta bondad...

MAR. ¡Dios mío!
Tanta bondad...

CAR. ¡Oh, qué humano
proceder. Mas no será
Medio tendré de evitarlo.
Saldremos juntos, hermana,
y ambos á dos recurramos
á los amigos de padre,
á los que por él lograron
más de una vez en la vida
ocupar puestos honrados.

GASP. ¿De modo que no aceptais
mi pobreza?

AMP. No; veamos
este último recurso,
y si acaso no logramos
nada...

CARL. ¿Y hemos de ir juntos?
¿Cómo quedar al cuidado
de padre?

AMP. Tienes razón.
Quédate tú por si acaso,
pues muy pronto doy la vuelta.

GASP. Y yo te acompaño; andando.

AMP. ¿Cómo, usted?...

GASP. Sí, mujer, si.
¿O es que te estorbo?

AMP. Es que...

GASP. Vamos,
y déjate de tonterías.

AMP. Hasta después; no tardamos
ni un cuarto de hora.

MAR. Que el cielo
hoy dirija vuestros pasos.

ESCENA VIII

DOÑA MARIA Y CARLOS

CAR. ¿Cómo han podido ocultar

tan horrible situación
y en tan crítica ocasión
la miseria confesar?
Y yo sin adivinar,
aunque por saberlo inquieto,
tan lamentable secreto
hallándome á vuestro lado,
mas el cielo me ha guiado
en asunto tan concreto.
Yo conozco la salida
y muchas calles también;
considero el mejor bien
para salvarle la vida
que por esas calles pida
yendo del auxilio en pos;
quizás hallemos los dos
algún alma bienhechora,
pues el pedir no desdora,
una limosna por Dios.

MAR. ¡Ah, Carlos! El alma mía
te ocultaba los rigores
y los rudos sinsabores
de esta mísera agonía.
Aguardábamos el día
cuya dicha no se alcanza
que luciese la bonanza
borrando nuestro pasado;
mas ese día soñado
ha muerto con la esperanza.

CARL. No ha muerto! Este desconsuelo
tendrá por fin que ceder...
Cederá, lo habeis de ver,
y con él tanto desvelo;
que á nadie abandona el cielo,
según la santa doctrina,
y aquel que hacia el bien camina
y sufre el mal con paciencia,
la divina Providencia
con su poder le ilumina

No cambiaré este sendero,
siendo de mi vida el norte,
aunque la lucha soporte
con un afán verdadero.
Al fin no seré el primero
demandando la piedad;
ciego estoy, y á la verdad
bien justifica mi estado
que este ser desventurado
implore la caridad.

MAR. ¡Carlos! ¡Hijo! Aunque taladre
mi corazón harto herido
recordando el bien perdido
haz, hijo, lo que te cuadre.
Así salvas á tu padre
de tan triste postración,
hoy conozco la razón
de ahuyentarse mi alegría;
mitíguese tu agonía
con mi santa bendición.

(Carlos se arrodilla, doña María le tiende los brazos bendiciéndole. Antonio aparece por el foro y observa)

ESCENA VIII.

DICHOS Y ANTONIO

ANT. ¡Hermoso cuadro! Delicia
el mirarle proporciona.
Aqui la honradez corona
al martir en su justicia.

CAR. ¿Quién es?

MAR. ¡Antonio!

ANT. Sí tal.
Perdonen si importuné;
mas tan á punto llegué
de ver el amor filial,
que me postrara de hinojos
por participar del lazo:
juro á ustedes que ese abrazo

ha humedecido mis ojos.
(Pausa)
Tengo fundado motivo
para quejarme.

MAR. ¡Hola, hola!

(Queriendo disimular su amargura)

ANT. Vuestra desgracia se inmola
en ese semblante esquivo,
y quiero desde hoy partir
con vosotros la amargura,
pues para mí no hay ventura
como el veros sonreir.
Cuando mi madre murió
consuelo en usted hallaba;
mientras por ella rogaba
mi infancia se deslizó
junto á ustedes, y es deber
mirarme como á tal hijo
y que yo á la par exijo
á ese amor corresponder.

MAR. Y quien te niega un derecho
que reconoce esta casa?

ANT. Vuestra franqueza harto escasa,
la cual no me hace provecho.
Sé la noticia fatal,
mas no por ustedes.

CARL. ¡Oh!

ANT. ¿No merezco acaso yo
saberlo? Si al hospital
hoy don Lorenzo se fuese
por no hallar otro remedio,
ya buscaria yo el medio
para que de allí saliese.
Mi padre agradecerá
mi intención.

MAR. Tu santo anhelo
Dios bendiga desde el cielo;
mas, Antonio, inútil ya.
Su marcha está decidida,

y es en vano nuestro amor
nos ha jurado el doctor
que de ello pende su vida.
¿Qué hace aquí ese cuerpo inerte
careciendo de alimentos
si en casa va por momentos
hacia en brazos de la muerte.
No, Antonio; tus intenciones
como las nuestras son santas,
aunque con tu fe me encantas.
Cumplamos sus instrucciones.
El santo hospital le escude,
aunque el trance es bien cruel:
rebosó el caliz la hiel;
yo hice por él cuanto pude.

ANT. Cierto, mas...

MAR. Su estancia allí
aminora su dolencia;
jamás la convalecencia
pudiera encontrar aquí.

ANT. ¿Y es hoy mismo?

MAR. Breves horas
para emprender el camino
nos faltan.

CAR. ¡Triste destino!

ANT. (Frases desconsoladoras).
Más calma.

LOREN. (Voz dentro) ¡María! ¡Ven!

MAR. Hijo, perdona un momento;
y perdón si en mi tormento
tú participas también.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA IX.

CARLOS Y ANTONIO.

ANT. Tú siempre tan expansivo
con tu amigo; hoy te demuestras
silencioso, y además

con una extraña reserva.
¿Acaso no soy el mismo
que siempre en la casa era?

CAR. Sí, Antonio, sí; mas los males
que hoy á todos nos aquejan,
nos conducen al silencio,
que es la mayor elocuencia.
Ese llanto que tu viste
brotar de mis ojos, cesa
con la salvación de él.
De otro modo mi existencia
acabará con su muerte.

ANT. Rechaza tan loca idea
y cúmplase el mandamiento
de la santa Providencia.

CAR. En el mundo yo ¿qué espero?
¿Qué ilusión habra que venza
el cariño paternal
que en mi corazón fermenta?
Como carezco de vista
mi pensamiento no llega
á concebir una dicha
como la azulada esfera...
¡Si á todas partes que mire,
mis ojos la encuentran negra!
Me hablan de flores, y odio
su perfumadora esencia
por no poder admirarlas
tan galanas como cuentan
aquellos que noche y dia...
cuando quieren, pueden verlas.
Si yo pudiera arrancar
este paño que me ciega,
verías, mi buen amigo,
cuán feliz era en la tierra.
¡Oh! No he de serlo jamás!

ANT. Veo, Carlos, que te molestas
inútilmente; ten calma,
y solo en tu estado piensa.

CAR. Tengo razón si me quejo
de esta suerte tan adversa,
perdiendo ya... hasta la fe
que los padres nos enseñan
y acariciando ¡hasta el crimen!
¡Ah!... Perdona mis ofensas...
¡Dios mío!... ¡me vuelvo loco!
¡Perdona tanta flaqueza!

ESCENA X

DICHOS Y AMPARO

AMP. ¡Todo en contra se conjura,
todas las puertas me cierran!
ANT. ¿Qué es eso, Amparo? ¿qué ocurre?
AMP. ¡Ah! nada, Antonio! Que es fuerza,
si he de salvar á mi padre,
salir con suma presteza
á implorar la caridad.
ANT. ¿Qué dices?
AMP. La hora llega
de cubrir con velo espeso,
para evitar la vergüenza,
este rostro demacrado
por la contínua indigencia
implorando una limosna.
ANT. No, ¡jamás lo consintiera!
Si de trabajo carezco
y nunca me he puesto á prueba
de la humillación, hoy mismo
haré grandes diligencias
para ver á los maestros
qne con más trabajo cuentan
y les diré: mi trabajo
de bueno Madrid le precia;
pues bien, dadme la mitad
del jornal que ganar pueda
y me vereis sin descanso
por daros la recompensa.

Ellos serán compasivos.. ;
no dudo, con mis ofertas.
Será sentar mal ejemplo
para infelices que anhelan
la dicha para sus hijos...
Pero no hay remedio, sea.
Tu padre se halla postrado,
y esta situación funesta,
si se dilata, es posible
hallar graves consecuencias.
Pronto vuelvo.

CAR. ¿Dónde vas?

ANT. Lo sabrás; no me detengas.

CARL. ¡Antonio! (Queriendo detenerle)

AOT. ¿A qué divagar
cuando el tormento se encierra
en esta pobre morada
sin un ser que compadezca
al que gime en el dolor?
Es inutil que pretendas
detenerme..., ¡he de salir!
Si os quiero de tal manera,
que vuestra vida es mi vida
y pretendo defenderlas.
Yo traeré lo necesario
ó maldigo mi existencia. (Vase foro.)

CARL. ¡Como á un hermano le quiero!
El cielo ha de hacer que seas
muy venturosa con él.

AMP. Del cielo espero clemencia.

(Carlos se dirige á ocultarse al baul, D. José aparece por el foro.)

ESCENA X1

AMPARO, CARLOS Y DON JOSÉ.

JOSÉ. ¿Hay novedad?

AMP. ¡Don José!

JOSE: Y el abuelo ¿está lo mismo?

AMP. Por desgracia.

JOSÉ. Más cachaza,
que eso no es nada, de fijo.
Las cosas hay que tomarlas
como vienen: yo te afirmo
que al llegar al hospital
con los cuidados solícitos,
ha de mejorar al vuelo.

AMP. Don José, en usted confío.

JOSÉ. Y este ¿qué hace? (Por Carlos).

CAR. Ya ve usted.

JOSÉ. ¿Te duele algo? ¿Tienes frio?

CAR. No, señor doctor.

JOSÉ. No estés
junto á esa puerta, hijo mio,
que sale viento.

AMP. Si el pobre
le tiene tanto cariño
á ese cofre, que se pasa
las horas muertas.

JOSÉ. Lo dicho.
Quítale pronto de ahí;
sentarle donde haya abrigo,
no coja algún resfriado.

(Amparo le conduce al sillón).

AMP. Aquí estás mejor:

JOSÉ. Sí, magnífico!
Y qué, ¿estamos ya dispuestos
para emprender el camino?

AMP. Señor, cuando usted disponga.

JOSÉ. ¡Más alma! Yo no me explico
si es por su bien; tal temor...

AMP. ¡Señor!

JOSE. La causa adivino;
pero, amiga, nuestras rentas
no dan para más.

CAR. ¡Dios mio!

JOSE. ¿Crees tú que allí va á morirse?

AMP. ¡Oh!

JOSE. Pues ten por entendido
que al haber allí ingresado
ya hace días, no estariamos
tan atrasados. En fin,
con constancia yo confío
que dentro de breve plazo
lo tendremos sano y listo.
AMP. Dios se lo pague, doctor,
por tan grande beneficio.
JOSE. No pienso pasar al cielo
por tal servicio un recibo.
Basta de lamentaciones;
vamos dentro, y ahora mismo
se vista. Yo pago el coche.
AMP. ¡Tanta bondad!...
JOSE. Anda, y chito.

(Entran ambos primera izquierda)

ESCENA XII

CARLOS, *solo.*

¿Conque no resta esperanza?
¿Conque el destino condena
á que suframos la pena
como malvados? ¿Alcanza
á cualquier ser inocente
tan funesta adversidad
y en pago de su bondad
se le hace humillar la frente?
Que se acercaba la hora
le oí decir... ¡Ay de mí!
Se acerca, se acerca, sí,
el mal no admite demora:
Por eso yo, maldiciente,
conmigo mismo batallo
y sombras funestas hallo
que se forman en mi mente:
Por vida, la ruin miseria,
por hogar solo el abismo,

por consuelo el despotismo,
en suma, todo materia.
¡Oh! Si al delirio me entrego
quizás resulte peor,
en estos casos de horror
conviene mas vivir ciego:
¡Ciego!... No, si acaso viera
fuese útil para todo,
y al punto buscara el modo
de lograr cuanto quisiera,
aunque hiciera vil traición.
¿Qué me importaba el sufrir
si lograba conseguir
para todos salvación?

(Cae sollozando sentado en el baul, quedando muy abatido.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHO, DOÑA MARÍA, AMPARO, DON LORENZO, DON JOSÉ (1.ª *izquierda*) *luego* ALFREDO, (*foro*).

JOSE. Vamos!
LOREN. No llores, María.
Amparo, ten más valor;
según el señor doctor,
no será lejano el dia
en que sano vuelva á casa.
MARIA. Yo voy contigo.
AMP. No, madre;
sola saldré con mi padre.
LORENZO. ¡Cielos! ¡Mi frente se abrasa!
¿Y Carlos?
JOSE. Está dormido.
LORENZO. ¡Hijo de mi corazón!
En qué triste situación
te dejo; pobre impedido
que el mal fuiste el consuelo
de este desgraciado anciano,
obtendrás del soberano
tu justo premio en el cielo!
JOS. ¡Animo!

LORENZO: Esposa... ten calma;
no aumentes mi sufrimiento;
te llevo en el pensamiento
y á mis hijos en el alma.
Amparo, justo es que exija
seas su ayuda en el mundo
y no olvides un segundo
el deber de buena hija.

AMP. ¡Jamás!

CAR. ¿Qué es esto? ¡Dios mio!

(Volviendo de su letargo)

¿Acaso será esto un sueño?
De mi mismo no soy dueño
en tan loco desvarío.

JOSÉ. Basta ya. (Afectado)

LOR. ¡Carlos!

CAR. Llegar...
¡Padre! ¡padre! ¿Dónde?...

AMP. (Acercándose) Aquí.

CAR. Amparo, llévame ahí,
no le quiero abandonar.
Mia su suerte ha de ser;
si sufre quiero sufrir;
si muere, ansio morir;
no anhelo más padecer.
¡Padre! (Abrazando á D. Lorenzo.)

JOSÉ. ¡Situación cruel!

AMP. Desiste por Dios, hermano,
de tu empeño.

CAR. Será en vano.

JOSÉ. No temais nada por él.
Yo combatiré su mal;
confío en la Providencia;
desde hoy uniré mi ciencia
al cariño paternal.

MARIA. ¡Gracias!

CAR. ¡Madre!

LOR. Voy en pos
de ver mi suerte cumplida.
¡Adios, esposa querida!...

JOSÉ. ¡Salgamos!

LOR. ¡Hijos! Adios.

(Vanse lentamente conduciendo á D. Lorenzo hacia el foro. Alfredo, que habrá salido dos veces antes, baja hasta el proscenio, dirigiéndose á Amparo).

ALF. Llegué á tiempo. Ese dolor
puede acabar al momento
si oigo de tu dulce acento
una esperanza de amor.
Calma mi afan verdadero
y á tu padre salvarás.

AMP. ¿Socorro de usted? ¡Jamás!
¡No le quiero!... ¡no le quiero!

(Se dirige á Carlos)

¡Salgamos juntos los dos!

CAR. ¡Amparo!

AMP. Al cielo roguemos
y sin cesar imploremos
una limosna por Dios.

TELON.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARIA, luego ALFREDO *(foro)*

MARIA. Ocho días han pasado
de tormento y de agonía.
En ocho, ni un solo día,
ni una hora ha descansado,
Dormid, hijos de mi alma,
mientras que yo en mi desvelo
con fervor le pido al cielo
os otorgue dicha y calma.
Dormid, sí, que el descansar
tras del sufrir es la gloria.
Tan negro como la escoria
será vuestro despertar.

ALF. Señora, no extrañe á *usté*

mi visita en esta hora,
al lado de aquel que llora
yo siempre me encuentro... á fe.

MARIA. Asi será, don Alfredo,
aunque no tenga tal traza,
mas mi hija le rechaza
y á mi misma me da miedo.

ALF. ¡Doña María!

MARIA. Un instante
oi hablar á la inocente;
y el crimen al delincuente
siempre le sale al semblante.
El suyo á usted le delata,
aunque bien sabe fingir;
ese extraño sonreir
no brinda consuelo, mata.

ALF. Pensé que desconocía
cuál era mi pretensión;
la sabe usted, y es razón
repita, doña María
lo que no sepa. . es preciso.
Yo ví á Amparo, señora,
tan bella y encantadora,
cual angel del paraiso.
La ví, y mi corazón
sintió algo inconcebible...
Era un amor infalible,
era una inmensa pasión.
Postrado ante ella de hinojos
yo confesé mi sentir...
También aquel sonreir,
señora, causaba enojos.
Riqueza, cuanta fortuna
poseo, yo la brindé
y por recompensa hallé
silencio, frase ninguna
de gratitud ó compasión.
Entonces, pensé al momento
en dar agudo tormento

á aquel frío corazón.
Al mirar su faz sombría
bañada en copioso llanto,
yo me digo: su quebranto
es hoy la esperanza mía.
Sus pasos he de seguir
por donde quiera que vaya
hasta que logrado haya
cuanto ambiciono. Sufrir
ó salvarse, que ella elija.
No ha sido otro mi intento
ni jamás mi pensamiento
otras ideas cobija.

MAR. ¡Ah! Nada de eso ignoraba
caballero... ¡Caballero!
Nunca lo fué el vil rastrero
que ante mi vista pasaba
por modelo de honradez,
abrigando en tantos males,
astucias de criminales,
de miserables la hez
Muchas veces he dudado
de su infame proceder,
¿cómo había de creer
que usted fuera tan malvado?
No son sus aspiraciones
sólo al cariño de Amparo,
es á un negocio muy claro.
á un dote de dos millones.

ALF. ¡Cómo!

MARIA. La casualidad
nos hizo al fin descubrir...
alguien que vino á decir
su infame sagacidad.

ALF. ¡Calumnias!

MARIA. No ciertamente,
pues con verídicos datos
conozco de usted los tratos
con mi cuñado Clemente.

ALF. (¡Oh!) Será nuestro protector...
MARIA. Solamente en condiciones
para ello ¿en qué razones
puede fundarse el traidor?
Si á todos nos hizo el mal,
y de repararlo hay modos,
su deber era con todos
repartir el capital.
ALF. Soy su amigo, y le he salvado
en más de tres ocasiones.
MARIA. ¿Y quiere usted dos millones
para ser recompensado?
Y entretanto que se muera
su hermano en el hospital...
Veo que usted y ese tal
tienen entrañas de fiera.
Sigan del crimen en pos,
con rencor, con saña impia;
ya darán cuenta algún día
ante el tribunal de Dios.
ALF. Puedo poner el remedio
en seguida, sin reparo.
Con tal que me adore Amparo,
acabo con tanto asedio.
MARIA. ¡Infame!
ALF. Sin más tardar
ya puedo de aquí salir.
Yo, señora, á delinquir,
pero ustedes á penar.
(Pausa)
Jamás hallarán reposo
si no acceden...
MARIA. Salga *usté*.
ALF. Sí... más tarde volveré
para saber de su esposo.

(Vase por el foro)

ESCENA II

MARIA, *luego* AMPARO (1.ª *derecha*)

MARIA. ¡Dios mío! Cómo es posible
resistir más, yo no puedo.
Amparo sin trabajar,
y mi infeliz Carlos, ciego,
inútil para salir
á buscar el alimento
que nos falta. ¡Ah! muy pronto
yo seguiré á mi Lorenzo.

AMP. ¡Madre mía!

MAR. ¡Hija del alma!
¿Por qué abandonas tan presto
el descanso?

AMP. No descanso.
Puede más mi pensamiento
en este trance fatal,
madre querida, que el sueño.
Sentí que hablabas con alguien.
¿Era Carlos?...

MAR. Era Alfredo.

AMP. ¡Ah!

MAR. Conozco la causa
de todo nuestro tormento;
la conozco, y sin embargo
no he de poner el remedio
tratando de esclavizarte.

AMP. Yo encontraré, lo prometo,
un obrador ó un socorro
que de tanto abatimiento
nos saque. Quise salir
á ver los conocimientos
de mi padre, mas Antonio
al punto se opuso á ello
diciendo: que solo él.
bastante era para hacerlo.
Aún no ha venido...

MARIA. Hija mia,
si acaso corre algún riesgo
por nuestra causa...

AMP. No, madre;
no ha de permitirlo el cielo.
Sí me extraña que á estas horas
todavía no haya vuelto.
Llamaré al señor Gaspar
y sabremos si hay de nuevo
que lamentar otra causa.

MARIA. No, Amparo, no; esperaremos
que sea un poco más tarde,
y después haz un esfuerzo
para ir á ver á tu padre
á ese benéfico templo.

AMP. ¡Ah! ¿no sabes, madre mia,
que no dejan los porteros
entrar á los que de un *pase*
no tienen el privilegio?
Cuántas veces he rogado
y no se compadecieron
de mi llanto y amargura!
¡En todas partes desprecio,
frialdad en los amigos...
ni una hora de consuelo!
Cuando amengüen nuestras fuerzas,
cuando sienta el pobre ciego
que la inercia se apodera
con saña de nuestros cuerpos
y nos postre en un rincón,
entonces ¿qué es lo que haremos?
Mirar solo en derredor,
elevar la vista al cielo
pidiendo misericordia
y por único remedio,
á la hora de la muerte
tomar solo el alimento
que purifica las almas.

MARIA. Desecha ese pensamiento

que quizás los infortunios
acaben, aunque tenemos
un enemigo muy grande
que es aborto del averno.

AMP. No conoces, madre mia,
todavía sus intentos.

MARIA. Todo lo sé. Yo quisiera
vengarme, pero no puedo.
Es el dueño de esta casa,
y al causarle daño, entiendo
que á la calle sin tardanza
nos arrojara. El silencio
debe servir de respuesta
á sus malvados proyectos.

CARL. ¡Amparo! (dentro)

AMP. ¡Mi hermano!...

MARIA. ¡Calma!
que no adivine, te ruego,
quien es el hombre malvado
causa de tanto siniestro.

(Carlos aparece primera izquierda)

ESCENA III

MARIA, AMPARO Y CARLOS

CARL. (¡Qué reserva! ¡Qué misterio
hoy se encierra en esta casa!)

MAR. ¿Qué tienes, Carlos?

CAR. ¿Qué pasa!...
Es lo que yo saber quiero.
Yo vuestro rostro no veo
y no puedo adivinar
lo que tratais de ocultar,
y creo... ¡no se qué creo!
Quedé dormido un instante,
mas con intranquilo sueño,
y de pesadillas dueño.
Este recelo incesante
que á penar me ha condenado

me hizo al cabo despertar
y casi, madre, escuchar
lo que había adivinado.

LOS DOS. ¡Qué!

CAR. Pretendéis impedir
que yo vaya al hospital...

MAR. ¿Ah, es eso?

CÁR. Haceis muy mal,
porque yo solo he de ir.
Iré, aunque á las dos no cuadre,
pues tranquilo no podría
pasar ni tan solo un día
sin abrazar á mi padre.
Varias veces os he dicho
que alli existe un ser clemente,
que se ha mostrado obediente
cuando quise, á mi capricho.
¡Capricho! Ya veis cual es.
Que me permita la entrada
en esa santa morada,
no tengo más interés.
Tal señor, compadecido
al ver la desgracia mía,
me hizo subir más de un día
y de guía me ha servido.
(Pausa)
Crucé con abatimiento
una sala y otra sala
y muchas camas en ala,
y en cada cama un lamento.
Del mismo modo seguí
por el templo del dolor,
y gracias á aquel favor
pronto con mi padre dí.
Y entre sus manos crispadas
por la fiebre que sentía
dí pruebas de mi agonía,
dejándoselas bañadas
por mudo llanto. A su oido

solo deslicé esperanzas
y halagüeñas confianzas
á su pecho dolorido.
Nuestra entrevista duró
muy poco más de una hora
y aquella alma bienhechora,
que hasta allí me acompañó,
participó del tormento
en que mi padre se hallaba,
pues sentí que suspiraba
con profundo abatimiento,
y me volvió á acompañar
dando de bondad ejemplo,
hasta la puerta del templo
prometiéndome pasar
otras veces.

MARIA. Premie Dios
tanta bondad, hijo mío.

CAR. Yo tan sólo en él confío,
pues voy de su gloria en pos.

MARIA. ¡Ah, Carlos!

AMP. Ven á mis brazos;
de nuestra madre á la diestra.
En la desventura nuestra
que dulces son estos lazos.
Pero si tú solo vas
¿no es mejor querido hermano
que te acompañe?

CAR. Es en vano,
porque no lo has de lograr.
Yo solo iré, que es prudente
y no temas un fracaso,
el hospital dista un paso
y opino que prontamente
el portero me hará entrar.
Yo anhelo tu compañía;
pero, Amparo, eso sería
demasiado molestar.

(Carlos coge de la mano á Amparo y la conduce al lado opuesto de doña María)

(Muchas horas hanpasado
sin sustento, no lo olvides,
y á ver pronto que decides.
Cuando yo haya terminado
mi misión, vendré á buscarte.
Tú guardarás un secreto;
¿dí, hermana?

AMP. (Te lo prometo).

CAR. (Un ciego en cualquiera parte
puede estar si se precisa).

MAR. ¿Por qué en secreto hablarán?

(Se oye la campana del hospital tocar á misa).

Vamos, Carlos, que ya están
tocando á primera misa.
tengo costumbre...

CAR. Si, sí.

AMP. ¡Carlos!

CAR. ¿Tiemblas? No dudemos
y nuestra dicha busquemos.
Yo vuelvo; espérame aquí.

MAR. ¿No vienes? (A Amparo)

CAR. Tiene que hacer.
Nuestro mal nos precipita.

MAR. ¡Acabe, vírgen bendita.
tan contínuo padecer.

(Doña María se apoya en el brazo de Carlos y se van por el foro).

ESCENA IV.

AMPARO, luego ALFREDO

AMP. ¡Dice mi hermano que espere!
Tanto esperar es en vano.
Del martirio hemos de vernos
casi siempre rodeados
mientras no cesen los males
de ese hombre que ha logrado
reducirnos de este modo
á la indigencia y...

ALF. ¡Amparo!
(Está sola, y á la fuerza
habrá de seguir mis pasos.)
AMP. ¿Qué desea? Usted no tiene
en llegar aquí reparo,
donde solo por su causa
sufrimos dolor amargo.
Salga pronto de este sitio
en donde está profanando
un lugar que es santo asilo
de pobres desamparados.
ALF. ¡Basta ya de necedades!
De tus desprecios cansado,
de brindarte paz y dicha
que tú rechazas, no aguardo
más, que habrás de ser mía
por fuerza, sino de grado.
AMP. ¡Infame! (retrocediendo)
ALF. Si ahora no tienes
quien venga á prestarte amparo.
Me seguirás si no quieres
morir...
AMP. ¡Cobarde! Un villano
solo prueba su valor
con una mujer, en tanto
que blasonará ante el mundo
de compasivo y honrado...
Ah, perdone mis palabras,
repare usted en mi llanto,
y si me ama como dice,
deje señor ese enfado
que es causa de las dolencia
de mis queridos ancianos:
Quisiera amarle, y no puedo
porque no es para mandado
el corazón.
ALF. Pero puede ser
del pensamiento esclavo,
y tú mi esclava serás

aunque piense lo contrario
ese escultor maldecido
al cual aborrezco tanto.
¡Ven, Amparo!

AMP. No; ¡socorro!

ALF. Has de venir...

(Obligándola á seguirle. Antonio, que sale al mismo tiempo por el foro, le retira).

ANT. ¡No, malvado!

ESCENA V

DICHOS Y ANTONIO (foro)

ANT. A tiempo por fin llegué
para déstruir tus planes;
pero, infame, tus desmanes
yo mismo castigaré.
No estabas aún contento
en esta empresa taimada
con hallar en tu jornada
de esta familia el tormento,
sino que quieres quitarme
el trabajo, con audacia,
que pretendes mi desgracia
para lograr humillarme,
te equivocas. De esta suerte
tu premio vas á lograr,
porque has venido á buscar
en cste instante la muerte.

(Va á arrojarse sobre él y Amparo se interpone)

AMP. No, Antonio, por compasión.

ALF. Mayor será mi venganza.

ANT. Mira si la mia alcanza
á arrancarte el corazón.

ALF. No hay igualdad, vive el cielo,
para lucha entre los dos;
si la hubiera, juro á Dios,
que era inevitable el duelo.

ANT. Ciertamente, no es igual.

Yo soy pobre, pero honrado,
tú eres un ser despiadado,
un infame, un criminal...
Mira, pues, si hay diferencia
en tal trance, fementido,
cuando matarte he podido
y tengo de tí clemencia.

ALF. (¡Ay de tí!)

ANT. Trata insensato
de no hallarte en mi camino,
porque entonces imagino
que ha de serte poco grato
tu proyecto.

ALF. (¡Oh, me abrasa
el rencor que siento aquí!)
¡Muy pronto sabrás de mí!
Cuando arroje de esta casa
á los que por caridad
en ella habitan ahora.

ANT. ¡Miserable!

ALF. Sin demora
cúmplase vuestra ansiedad
si lo indica vuestra estrella,
que yo jamás me opondré,
mas te juro por mi fe
que no hay quien la salve á ella.

(Antonio quiere arrojarse á él, Amparo le detiene, y Alfredo sale foro derecha.)

ESCENA VI

AMPARO Y ANTONIO

ANT. Ese hombre ha de lograr
por mi mano su castigo.
También anhela conmigo
fieros rencores saciar.
No hay un taller de escultor
que él no haya recorrido,
de este modo me ha impedido
hallar trabajo el traidor.

AMP. ¿Por mi causa has de sufrir
de esta manera? ¡Dios mío!
No quiero, no, que ese impío
logre hacerte sucumbir.
Olvídanos...

ANT. ¡No, mi bien!
Si mi amor es grande, eterno,
no ha de torcer el infierno
la esperanza de un Eden.
¡Olvidarte! Dime, Amparo,
¿cómo poder olvidar
sin que se llegue á tornar
en obscuridad el faro
de mi dicha? Es invencible
la indominable corriente...,
rendir el amor vehemente
es mucho más imposible.
Amparo, odiarme podrás,
si es que otro amor lo decide,
mas no digas que te olvide,
que no lo logras jamás.

AMP. ¡Ah! No aumentes mis dolores
de esa manera al dudar;
intérprete, sin cesar,
eres tú de mis amores.
En esta borrasca fiera
pudiera olvidarme... sí...
mas tú sufres junto á mi...
¿Quién dice que no te quiera?
Rudo y negro es mi desvelo,
mi tormento dilatado
y en teniéndote á mi lado
hallan mis males consuelo.
Conque dí, Antonio, dí
si puedo abrigar rencor...
No me pidas más amor
que no hay mas amor en mí.

(Gaspar, que ha oido estas últimas frases desde la puerta del foro baja hasta el proscenio restregándose las manos).

ESCENA VII

DICHOS Y GASPAR.

GASP. Bravo, chica. Es elocuente
tan hermosa descripción.
No pensé que esa pasión
pudiera ser tan vehemente.
Siempre así veros prefiero,
pero así, de esta manera.
(Se coloca enmedio de ambos y los abraza.)
Conseguirás que te quiera,
aún más de lo que te quiero.

AMP. Señor Gaspar, mi pasión
nunca ha sido interesada...

GASP. Quise decir que... que... nada,
Amparo, soy un melón.
¿Y tu madre?

AMP. A misa.

GASP. Bueno,
no me parece muy mal.
¿Y Carlos?

AMP. Al hospital.

GASP. Pues de júbilo me lleno
como haya buenas noticias.

AMP. Mil gracias, así lo creo.

GASP. Puede torcerse el deseo,
mas creo serán albricias
las que traiga.

ANT. ¿Por qué no?
Amparo, ten confianza
que aquel que espera lo alcanza.

GASP. Eso mismo pienso yo.
Qué demonio... ¡Si está claro!
esta suerte maldecida
va aminorando la vida...

AMP. ¿Y usted halló?

GASP... Nada, Amparo.
Ahora estuve en Santa Cruz,

me hablaron de una chapuza;
pero nada, no se cruza
ni el menor rayo de luz.
No hay á la vista un casero
que pretenda edificar;
no quieren hacer rodar
los malditos, al dinero.
Así no es posible que halles
más que suspiros, lamentos,
rostros mustios, macilentos
y rateras por las calles.
Mi amigo Juan Barraqueta
ayer mismo entró en chirona
por robar en la tahona
de esta calle, una libreta.

AMP. ¡Desgraciado!

GASP. Su mujer
enferma en cama se hallaba;
él pedía, y no encontraba
quien les diera de comer.
Hay quien sabe los rincones
donde dan; pero esos son
mendigos de profesión.

ANT. Tienes, padre, mil razones.

GASP. Ahora que me acuerdo, estoy
de enhorabuena.

ANT. ¿Por qué?

GASP. Ayer mañana encontré
á don Alfredo, y que hoy
trabajo nos buscaría,
me dijo.

ANT. La protección
de ese hombre sin corazón
la rechazo.

AMP. (¡Virgen mía!)

GASP. Pero, chico, ¿tú estás loco?

AMP. Usted, señor, no comprende
que ese villano pretende
humillarnos...

GASP. ¡Poco á poco!
El dice que está dispuesto
como todo buen cristiano
á perdonar (indicando dinero) y es humano..

AMP. No tal, sería funesto.

GASP. ¿Qué dices?

AMP. Ese favor
que usted, señor, considera
una recompensa espera.

GASP. ¿Y cuál debe ser?

AMP. Mi amor.

GASP. ¡Ah, tunante! ¿Luego es
ese grande ofrecimiento
que yo admiraba contento
tan solo por interés?...
¡Habiáse visto cinismo
como el de él! Pues que no vuelva
que antes que otro le absuelva
he de romperle el bautismo.

ESCENA VIII.

DICHOS Y DOÑA MARIA

MAR. Ni una lágrima siquiera
queda en mis ojos. ¡Dios mio!

GASP. Ya está aquí la abuela.

AMP. ¡Madre!

MAR. El cielo os guarde.

AMP. ¿Habéis visto
á mi padre?

MAR. Solo á Carlos
que entrara fué permitido;
mas yo no debe tardar
y él nos dirá...

GASP. Segurísimo,
que con su nueva noticia
nos alegrará de fijo.

MAR. ¡Alegría! (¡Ah, que ignore
que al borde del precipicio

hoy nos coloca esta cita
judicial.)

GASP. ¡Siempre lo mismo!
Siempre, abuela el sentimiento
desechando los indicios
del bien.

MARIA. Ah, señor Gaspar,
son muchos golpes seguidos
para un corazón que late
hace tiempo dolorido.
Gozosa pasé esta vida
rodeada de mis hijos
y de mi esposo, mas hoy
tan adverso es mi destino,
que borré de mi memoria
aquellos días tranquilos.

GASP. ¡Vuelta á empezar con la misma!
Vuestra desgracia concibo;
pero nunca os hermanais
con la esperanza. En auxilio
de la enfermedad que aqueja
á vuestro esposo, imagino
que en el hospital tendrá
todo cuanto sea preciso.
Y en tanto que no se agrava,
la verdad, no hallo motivo
para estar así.

AMP. Es verdad
madre, esperemos tranquilos
que se mejore mi padre,
lo demás, todo está listo.

GASP. ¡Qué memoria! Soy un bestia;
si de lo mejor me olvido.
Aquí en la calle inmediata
vive un compañero mío
que su mujer es modista.
Mira, muchacha, en un brinco
nos llegaremos allí,
que la mujer de mi amigo

tendrá labor, y es probable
que te dé trabajo. Chico,
quédate aquí por si acaso
tuvieras que ser preciso.
Déjese de lloriqueos,
abuela; pronto venimos.

AMP. Hasta después.

MARIA. Quiera el cielo
protejer vuestros designios.

ESCENA IX.

DOÑA MARIA Y ANTONIO.

ANT. Le ruego, doña María,
mitigue ese desconsuelo,
que para hallar salvación
quizás tengamos remedio
muy en breve. Yo, señora,
que con vuestras penas peno,
que sufro la misma suerte
que os propina el hado adverso,
tengo esperanza. Soy joven,
y con constancia prometo
salvarme y salvar á todos.
No creo que mis esfuerzos
serán inútiles.

MARIA. ¡Ah.
Antonio, tú eres muy bueno
y el amor y la esperanza
es lo que te presta aliento
sin conocer que tus planes
puede frustrar con empeño
algún enemigo.

ANT. Yo
á ese enemigo no temo.
Si su suerte maldecida
le conduce á mi sendero
nuevamente, no le salva
con su astucia el mismo infierno.

MAR. ¿Tú sabes?...

ANT. Yo lo ignoraba,
y solo pude saberlo
acudiendo á los talleres...

MAR. ¿Cómo?

ANT. Viendo á los maestros
que no ha mucho me tenían
señora, en bastante aprecio
y después me han recibido
con torvo y adusto ceño
sin tener solo un motivo.
Vi desprecio en el primero,
y nada dige. Al segundo,
que quiso guardar silencio,
le he obligado á confesar
de tal modo, que ya tengo
las noticias más exactas
del autor de tanto asedio.
De mi honra en menoscabo
fué pregonando ese Alfredo
algo, que á decir no aciertan
mis amigos verdaderos
para arrojarme del crimen,
algo que yo me sospecho
y que trato de alejar,
ahora del pensamiento
por no arrancarle en pedazos
el alma, que juro al cielo,
debiera estar sepultada
en una charca de cieno.

(Pausa.)

No podía darme cuenta,
señora, de tal misterio,
no podía ver con calma
los talleres tan repletos
de encargos, y no digeran
trabaja, sabes hacerlo
para que á fin de semana
puedas llevar el sustento

que te falta. No, al contrario,
me decían. «Ya veremos.»
Esa palabra fatal
que ocasiona el desaliento
aún resuena en mis oídos
y cobija mi cerebro
ideas que dicen, mata...

MAR. ¡Antonio!

ANT. Pero no puedo
al recordarlos á ustedes,
á mi Amparo, al bien que anhelo.

MAR. Ese hombre aún no ha cesado
en sus maldades sin tiento.
Mira esta cita (Dándole el papel)

ANT. (¡Dios mío!)

MAR. Es la tercera. En su texto
me dice muy claramente
que transcurrió por completo
el plazo que se me otorga
para mudarme.

ANT. Comprendo.

MAR. Y que mañana sin falta
desaloge este aposento.

ANT. ¡Ira de Dios! Si parece
que se desata el averno
contra nosotros. Yo mismo...
(Va á salir y doña María lo detiene.)

MAR. Alguien se acerca. Silencio.

ESCENA X

DICHOS AMPARO Y GASPAR.

GAS. Ya estoy de vuelta.

MAR. ¿Qué pasa?

ANT. ¿Tan pronto aquí?

GAS. Sí en verdad,
pues no hubo necesidad
de llegar hasta su casa,
Cuando doblamos la esquina

nos encontramos.

ANT. ¿Y qué?

GASP. Pues nada; ahora mismo fué
por ver si se le destina
á Amparo.

MARIA. Dios le conduce
hacia el bien, por él imploro.

GASP. Despacio, abuela, no es oro
todo aquello que reluce.
Desde que Dios amanece
sale el hombre á ver si hay algo.

ANT. Es natural.

GASP. Yo, aunque salgo,
no hallo lo que se me ofrece.

MAR. ¿Qué vamos á hacer? ¡Paciencia!

GASP. ¡Digo! y volver á la carga,
aunque nos parezca amarga
tanta y tanta consecuencia.
Y ya que al cielo le plugo
volveré, aunque sea pesado,
pues el pobre porfiado
dicen que saca mendrugo.
¿Cómo dirán que me dieron
mi última colocación?

AMP. ¡Yo no sé!

GASP. Un sofocón
valió hasta que lo cumplieron.
Ya que adquirí la promesa
del maestro, no fué nada,
no he *dao* lata mas pesada.
Me tenía hasta en la mesa.
Y viendo mi afán constante,
aunque de hacerlo se exima
que por quitarnos de encima
me dió tajo de ayudante.

MAR. No tendremos esa suerte
nosotros.

GASP. ¿Y por qué no?
Se vuelve cien veces. Yo

soy pesado hasta la muerte.
¿Y Carlos?

MAR. No tardará,
pues la hora se acerca.

ANT. Sí:

GAS. Quizá el muchacho esté allí
hasta que le echen.

MAR. Vendrá
con noticia poco grata.

GAS. ¡Qué ha de venir! No lo creo.
En nuestro filial deseo
no mete el diablo la pata.
Nunca desampara el cielo
á aquel que le solicita.

MAR. ¡Que la Virgen no permita
tan profundo desconsuelo!

CAR. ¡Madre! ¡Amparo! (Dentro)

GASP. (¡Desconfío!)

MAR. ¡Hijo! (Corriendo á la puerta)

AMP. ¡Cielos! (ídem)

ANT. (¡Fiero lance!)

(Carlos aparece en el fondo descompuesto y con señales de profundo abatimiento. Todos le rodean cor ansiedad.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y CARLOS.

MAR. Por duro que sea el trance
dí la verdad, hijo mío.

CAR. (Después de breve pausa.)
El señor que el otro día
me acompañó, ya no estaba;
la entrada se me negaba
y ninguno intercedía
en mi favor... Repetía
con solícita ansiedad
«Dejadme por caridad
hablar con el que amo tanto,»
pero mi copioso llanto

no encontraba humanidad.
Reinó el silencio un instante,
momento de horrible lucha,
y en esto mi oido escucha
la voz de: «pase adelante.»
Atónito y jadeante
buscaba al fin mi destino,
tropezando en mi camino
falto de quien me guiara,
la senda que me llevara
al término de mi sino.
Mi pecho empezó á latir
con extraña violencia,
hallándome ya en presencia
de aquel templo del sufrir.
Luego pude apercibir
de una campanilla el son,
la santa forma y la unción
le daban á un moribundo,
y sentí en dolor profundo
oprimirme el corazón.
El sonido en lontananza
poco á poco se perdía,
en tanto me dirigía
en brazos de la esperanza.
Tan solo mi afán alcanza
oir, aunque levemente,
rumor de cristiana gente,
que con su vela encendida
iba á dar su ¡adios! en vida
á la cama del paciente.
Por fin la sala encontré
y me dispuse á cruzar
sin aire que respirar,
sin más fuerza que la fe
de hallar con vida al que hallé...

AMP. Habla, hermano, por favor.
MARIA. ¡Dios del cielo! (Con desesperación)
ANT. ¡Qué temor!

CAR. Con una voz apagada
ó más bien entrecortada
en el lecho del dolor,
¡Carlos! ¡Carlos! exclamó,
y entonces me dirigi
cuando ya mi nombre oí,
y en sus brazos me estrechó.
Un momento asi pasó,
después un beso muy fuerte
en mis labios, frío, inerte...
un beso envuelto... ¡Deliro!
con el último suspiro
producido por la muerte.

ANT. ¡Muerto!

AMP. ¡Qué horror!

MAR. ¡Ay de mí!

CAR. ¡Amparo!

AMP. ¡Desventurado!
Murió el ser que nos ha dado
la vida, mas queda aquí
nuestra madre.

CAR. Amparo, sí.
Que su pecho no taladre
el rudo tormento. ¡Madre!
en mí hallarás el consuelo.
Ahora roguemos al cielo
por el alma de mi padre.

Este final se recomienda al buen criterio de los primeros actores. Cuadro.)

TELON.

ACTO TERCERO

Sala pobremente amueblada con puerta en el foro y laterales. Un cuadro de la «Soledad» de mayor tamaño que el anterior colocado sobre una mesa que habrá en el fondo. Carlos, al levantarse el telón, aparece en el foro despidiendo al doctor.

ESCENA PRIMERA

CARLOS, LUEGO ANTONIO

CARL. Hasta la tarde, doctor.
ANT. Salgamos... (¿Carlos aquí?)
¿Despedías al señor
doctor?
CARL. Sí, Antonio, si.
Quise saber la verdad;
inquirí y la encontré.
ANT. ¿Es grave la enfermedad?
CARL. Pero aun tiene cura á fe:
(Grave si yo no existiera,
y este mal no reparara;
grave si yo consintiera
que aquí el remedio faltara

ANT. (Su cura, ya la presumo;
consiste en el alimento.
Otro esfuerzo. Si á lo sumo
me dieran para el sustento,
cambiaba mi plan). Confía
que yo buscaré dinero
y muestre al fin la alegría
en este trance postrero.

CARL. ¿Y Amparo?

ANT. Se halla al cuidado
de tu madre; ¿qué ha de hacer?
Yo voy aquí á un recado,
pero pronto he de volver.

CARL. Sí, Antonio, vuelve en seguida,
pues tu presencia es mi anhelo.

ANT. (Diese con gusto mi vida
por calmar su desconsuelo).

(Sale por el foro).

ESCENA II

CARLOS

(Al cerciorarse que ha quedado solo cierra la puerta del foro, haciendo lo mismo con las laterales; después baja al proscenio acercándose á una mesa que habrá servido en los actos anteriores)

CAR. Nadie me puede observar:
Amparo está con mi madre
y en cuidarla se entretiene...
Medita bien, Carlos, antes
con cautela tus proyectos.
Mi madre se muere de hambre,
según pude comprender
en el doctor al marcharse.
He acudido á la junta
con dos ó tres memoriales
y callan... y ni aun contestan
siquiera por alentarme.
No hay limosna para ciegos;

que la busquen en la calle,
y en todas partes la busco
y se niega en todas partes.
En la puerta de la iglesia
donde entran tantos y salen
con un cartel en el pecho
que dice en letras muy grandes:
«Ciego,» descansa mi cuerpo
sin que premien mis afanes,
sin hallar mano piadosa
que pretenda consolarme
en tan profunda desgracia.
¿Qué esperas Carlos? ¿No sabes
que tu madre morirá
si no encuentras quien la salve
de tan horrible amargura?
¿No comprendes que no cabe
caridad en ningún pecho
que es, vive el cielo, harto infame?
Buscarlo... yo no lo sé;
pero si puedo arrastrarme
hasta el lodo, si es preciso
con tal que el remedio halle
de dar sustento á esa anciana
que víctima cual mi padre
del infortunio, una tumba
es muy fácil encontrarse.
(Abre el cajón de la mesa y á tientas saca un buril,)
Este hierro con que Antonio
hace dibujos notables,
puede servirme también
de palanca, fuerte llave,
que habrá de ponerse á mano
de unos mezquinos caudales
que los fieles depositan
á favor de las imágenes
del santo templo. En la puerta
y en ademán suplicante
descansa mi cuerpo y oye

como las monedas caen
en esa arquilla y en tanto
perecemos tantos mártires.
¿Qué alumbrado necesita
quien tiene una luz radiante,
y que debe darse á aquel
que ve llegar por instantes
la muerte, por no encontrar
quien del abismo le aparte?
Lo que yo voy á extraer
aunque después una cárcel
sea mi eterna morada,
aunque mi nombre se manche
y la sociedad maldiga
tan sacrílegos desmanes.
¡Tú, buril, en un momento
de dicha vas á dotarme!
Resiste bien y no cejes...
¿Que es esto? Siento acercarse...
Disimulemos; ahora
salgamos, que Dios me ampare.

(Se pone el cartel al pecho guardando precipitadamente el buril.

¡Feliz yo, si logro en breve,
pero en muy breve salvarte!
Pronto vuelvo, madre mía.
Oh, si al cabo tal lograse
no volveria á robar...
No, eso no, pedir antes
para tí... si yo no como
y muero, ¿qué falta hace
un pobre ciego en el mundo
que habrá de vivir errante?

(Vase por el foro. Alfredo le deja paso y este último baja con precaución reconociendo la casa.)

ESCENA III

AMPARO

Desde la hora fatal
en que falleció mi padre,
la desdicha va en aumento
de una manera insondable.
Las esperanzas de Alfredo
al cabo van á colmarse.
Debo ser suya, si quiero
que al fin mi madre se salve.
No sé qué hacer, Dios eterno,
en este horroroso trance.
Antonio, el bien de mi vida,
que anhelaba nuestro enlace
cual la dicha más suprema,
que hizo sacrificios grandes
por salvarnos, que en su casa
nos recogió, va á encontrarse
con tan infausta noticia.
(Fijándose en Alf. que está retirado.)
¡Ah! que la Virgen me ampare.

ESCENA IV.

AMPARO Y ALFREDO

ALF. He recibido esta carta
hace unos breves instantes
y me apresuré á venir
en seguida. ¿Será fácil
que podamos entendernos
después de tantos desmanes?
AMP. Yo le he llamado, señor,
pues será fuerza rogarle
que se apiade de nosotros,
que si sigue en sus afanes
no existirá una persona

entonces que nos ampare.
Usted, señor, ha tenido,
como yo tengo, una madre;
recuerde usted sus caricias,
su amor puro, ardiente y grande
y repare usted si tiene
quien sabe á sus pies postrarse,
(Arrodillándose)
razones muy poderosas
para salvarla y salvarse.

ALF. ¡Oh, levanta! Todo puede,
hermosa Amparo, arreglarse.
Mi felicidad y tu dicha
está al pie de los altares.

AMP. ¡Imposible! No le amo.

ALF. Ya lo sé; puedes amarme,
cuando me conozcas bien (sonriendo)

AMP. Es en vano.

ALF. Me llamaste...

AMP. Le llamaba solamente
para decirle que acabe
de venganzas con nosotros,
que se halla enferma mi madre...

ALF ¿Cómo entonces no la salvas?
Fortuna considerable
puede volverte la calma.
Pues que tú de sobra sabes
que me une gran amistad
con tu tio En Buenos Aires
reside; anhela que seas
feliz, muy felíz, y es fácil
que, acatando sus mandatos,
logres un millón de reales.
El te adora.

AMP. Calle usted,
pues tan solo al recordarle
más mis rencores aumentan,

ALF. Quiere tu bien.

AMP. De un infame

despreció tanto cariño.
¡Quiera el cielo castigarle!

ALF. La ruina, Amparo, le hizo
cometer tales maldades.
Hoy se encuentra arrepentido
y si accedes á este enlace
para hacer mayor tu dicha
de este modo ha de dotarte.
(Le entrega una carta. Ella la lee y se la devuelve.)

AMP. Ya comprendo, caballero,
ahora todos sus afanes
usted pensó en la fortuna,
que ofrece, considerable;
diría, dueño de Amparo,
soy dueño de sus caudales
y... salga usted, salga al momento
don Alfredo, que más vale
sucumbir en la miseria
que de lodo salpicarse.

ALF. ¡Basta! Ya que mis palabras
no han conseguido ablandarte,
y mil veces á tus pies
siempre me viste humillarme,
por la fuerza serás mia
aunque pretenda arrancarte
ese necio de mis brazos.
Si pronuncias una frase
en demanda de socorro
pide al cielo que te ampare.

AMP. ¡Atrás!

ALF. ¡Sígueme!

AMP. ¡Jamás!

ALF. Entonces... (saca un puñal!)
Gaspar, que durante los últimos versos ha estado observando desde el foro, le apunta con una pistola)

GASP. Quieto, tunante.
Voy á darle gusto al dedo
como pretenda acercarse.

MARIA. ¡Amparo! (dentro)

AMP. Voy, madre mia.
ALF. (¡Maldición!)
GASP. Pero qué infames
son ahora ciertos hombres.
ALF. Por vida...
GASP. (Apuntándole) Quieto, bergante.

ESCENA V

DOÑA MARIA, apoyada en AMPARO, sale por la segunda de la derecha, quedando á la izquierda en primer término GASPAR Y ALFREDO

MARIA. ¿Qué es esto?
AMP. ¡Ah, madre mia!
MARIA. ¿Aquí otra vez, caballero?
No tenia usted bastante
con lo que ya lleva hecho
sino que quiere también
ampliar nuestro tormento
ALF. Venia...
GASP. Ya sé, venia...
Si vuelve lo perniquiebro.
ALF. (Ella lo quiere; es preciso
que sea su fin sangriento.)
Yo brindaba con la paz
y salvación en extremo
os traia; la rehusan
quizás cuando no haya tiempo
vayan en demanda de ella.
GASP. Pues miro, nada le debo.
Además, Antonio ha dicho
que ya ha encontrado maestro
que tiene mucho trabajo,
y que de usted los esfuerzos
por quitarle el bienestar
no sirven.
ALF. ¡Ya lo veremos!
MARIA. (á Gaspar) ¡Oh, deje usted esa pistola.

GASP. Señora, si no hace fuego.
La recogí de la calle
cuando la tiró un trapero...
cómo será...

ALF. ¡Vive Dios!

GASP. Ande usted, señor, con tiento
y tome usted ahora mismo,
al punto, las de su pueblo,
si es acaso natural
del insigne Villadiego,
porque tengo malos humos
y soy capaz de... de...

AMP. ¡Quieto!

GASP. Si le veo en este sitio...
Vamos, que me le meriendo.

ALF. (Verás cómo te arrepientes
dentro de pocos momentos.)
Una vez que en vuestro rostro
rencores contra mi veo,
me retiro. Será facil
que les haga falta luego...
Pero entonces será tarde;
pues las iras de un infierno
se han despertado en mi alma
y he de lograr, lo prometo,
todo aquello que ambiciono,
aunque sepa encontrar riesgo.
(No faltará una ocasión
para conseguir mi objeto.)
(Vase lentamente por el foro)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS ALFREDO

GASP. Si no fuera por lo que es...

MARIA. Vamos, Gaspar.

GASP. Que le pego.

AMP. ¿Conque Antonio?

GASP. Ya mañana

empezará, según creo,
sus tareas y de apuros
entonces todos saldremos.

AMP. De veras

GASP. Y tan de veras.

MARIA. ¡Oh, Dios! ¿quién pudier[illegible]

GASP. ¿Por qué no?

MARIA. Yo no lo sé.
Apenas tengo ya aliento
y no puedo respirar
libremente.

GASP. Ya el remedio
tenemos en nuestra mano.

MAR. Tarde ha de llegar.

GASP. No entiendo.

MAR. Miro acercarse la muerte,
siento que me oprime un peso
en el corazón.

GASP. ¡Más calma!
Vamos á tener dinero
y otra casa en que vivir
más hermosa y más... Si esto
más que vivienda parece,
señora mia, un chiquero.

MARIA. ¿Y Carlos?

GASP. El pobrecillo
con el cartel en el cuello
pidiendo...

MAR. Hijo de mi vida,
cómo has llegado á ese extremo!

GASP. Llegando... pero no es hora
señora, de hacer pucheros.
Entre usté en su habitación
y entregada en un momento
al descanso, ya verá
si hallamos mejoramiento.

MARIA. A los brazos de la muerte
no me conduce, es lo cierto,
ni *la falta* de recursos

ni la escasez de alimentos;
es la enfermedad moral
la que royendo mi pecho
á la tumba me conduce.

AMP. No, por Dios, no digas eso
que mi corazón desgarras
madre mía, con tu acento,
Recuerda bien que tus hijos
hoy no tienen mas anhelo
que la vida de su madre
y que quizás con el tiempo
podamos recuperar
la fortuna...

MAR. No lo creo.
Con el trabajo jamás
se lograrán tus deseos.

GASP. Que no falte; pues los pobres
cuando trabajo tenemos
estamos de enhorabuena,
y si no, dígalo *ego*
que á pesar de mis sesenta,
si en el andamio me encuentro,
canto más que un italiano;
y cuando á mi casa llego,
con un abrazo de Antonio
acompañado de un beso
y unas patatitas viudas,
más alegre que un mancebo
voy en busca del jergón
para que descanse el cuerpo.

MAR. La vista en negras tinieblas
se transforma ¡Dios eterno!
Cual mi espíritu vacila...
(Tratando de incorporarse del asiento)
¡No puedo, hija, no puedo!
(Cae sin sentido en el sillón.)

AMP. ¡Madre! ¡Madre de mi alma!...
Virgen, reina de los cielos
ampararnos por piedad,

en este trance funesto!

GASP. *Pa* que la súplica llegue
haría falta un teléfono.

(D. José aparece por el foro.)

ESCENA VII

DICHOS Y DON JOSÉ.

JOSE. ¡Felices!

AMP. (Con alegría) ¡Señor doctor!
Venga usted, venga usted pronto
porque mi madre se muere.

JOSE. Tened calma, si queremos
salir adelante. Amparo
condúcela á su aposento
enseguida y que se acueste. (Examinándola)

AMP. ¿Está grave?

JOSÉ. No por cierto;
pero que no se levante
mientras que yo no lo ordene.

MARIA. ¡Dios mío! (volviendo en sí)

JOSÉ. Valor señora,
Pasad enseguida adentro.
Yo curaré esas dolencias.

MARIA. Es muy tarde. Mi Lorenzo
pronto ha de hallarme á su lado.

GASP. Nada, lloro como un lelo
en cuanto veo estas cosas.

(María, apoyada de Amparo, entra en la 1.ª dcha.)

JOSÉ. (Ya no se salva, y lo siento.

GASP. La culpa la tiene... ese
señorito que le... (Haciendo ademán de pegar.)

JOSE. Abuelo,
usted siempre tan sanoto.

GASP. Y usted tan chirigotero.
No llevará usted la cuenta
de los pobres que hayan muerto
por su causa.

José. ¿Por mi causa?
Gasp. Ustedes son mata enfermos.
Lo que parecen viruelas
son muchas veces diviesos
ú otra cosa parecida,
y ustedes sin más rodeos,
¡pun! recetan un jarabe,
y en menos que reza un credo
extienden un pasaporte
camino del cementerio.
José. ¡Qué bromista!
Gasp. Ya lo entiendo.
Ahora dígame usted,
señor doctor. ¿hablo en serio?
¿Hay peligro? ¿Morirá?
Jose. ¿Que si lo hay? ¡Ya lo creo!
Y no estaría demás,
ya que ayer con tanto empeño
quiso que la confesaran,
que hoy tomara el sacramento
de la santa Eucaristía.
Crea usted que no hay remedio,
aunque yo llegue á agotar
con un solícito esmero
los recursos de la ciencia.
Ahora, Gaspar, yo le ruego
vaya usted á la parroquia
y que vengan...
Gasp. Al momento.
¡Ah, Dios! Qué terrible golpe
para el desgraciado ciego.
¿Y usted va?...
Jose. Yo con la enferma,
amigo, que ese es mi puesto.

(Vase el doctor por la primera derecha).

ESCENA VIII

Gaspar, luego Antonio

Gasp. ¡Ea, adios, mis alegrías!

yo que ya estaba contento
en ver que Antonio encontró
trabajo, y ahora veo
otra desgracia ¡por vida!
Y de verdad que lo siento;
yo tomo parte en sus penas
como si fuera algo de ellos.
Verdad es que á esa señora
mucho bueno le agradezco.
Cuando murió mi difunta,
Antonio era pequeñuelo
y cuidó de su niñez
y... vamos que yo no puedo
al recordar estas cosas
tener corazón de hierro.

ANT. ¡Padre! (Entrando por el foro)

GASP. Ven hijo del alma.
porque otro grave suceso
tenemos que lamentar.

ANT. ¿Qué pasa?

GASP. Pues que el doctor
me ha dicho con gran empeño
que al viático se avise,
que doña María...

ANT. ¡Cielos!
¿Más aún? ¡ya no es posible
resistir tantos tormentos!
Yo que pensaba salvarla,
pues mi deber era hacerlo
voy á dejarla morir...
ya de mi honradez reniego.

GASP. ¿Qué dices, hijo?

ANT. No sé;
mas cobijo en mi cerebro
una idea salvadora
si en practicarla hallo medio.

GASP. Voy á cumplir el mandato
del doctor y pronto vuelvo.
No te separes de aqui

hijo mio, te lo ruego;
que puedes hacer gran falta.

ANT. Aquí estaré, lo prometo.

ESCENA IX.

ANTONIO, *solo*,

¡Qué torbellino de ideas
en mi mente se desata!
¿Por qué dolor te recreas?
¿Qué hice yo para que seas
el verdugo que me mata?
Mi promesa he de cumplir
aunque al muudo no le cuadre.
aunque tenga que sufrir,
mas no me harán desistir
ni la que amo ni mi padre.

(Se lanza frenético hacia el foro; en este momento aparece Carlos con varios envoltorios). Antonio se detiene al verles).

ESCENA X.

ANTONIO Y CARLOS

CARL. ¿Antonio? (llamando).

ANT. Carlos, ¿qué traes?

CAR. Lo más preciso, el sustento.

ANT. ¿Qué tienes?

CAR. Nada, el contento..

ANT. Que en apariencia retraes.

CARL. Encontré nobles personas
que de mi se han apiadado
al verme tan desgraciado.
Toma dinero y abonas
cuanto sea menester.

(Le da una bolsa con dinero)

ANT. ¡Oh! limosna tan crecida
ya puede salvar la vida
de tu madre. Ya perder
la esperanza era mi centro,

la muerte, mi horrible guía,
puedo esperar más de un día...
vuelve la dicha aquí dentro.
Mira alargar su existencia
mi corazón satisfecho.

CAR. (En tanto se hunde mi pecho
al peso de mi conciencia.)
Cuando la mano tendí
implorando caridad
¡ay Antonio! qué ansiedad
se apoderaba de mi.
Y con suprema alegría,
si alguien limosna me daba,
en el instante exclamaba:
«¡Te has salvado, madre mía!»
Y fué tan favorecido
mi pensamiento anhelante,
que ahí tienes en un instante
todo cuanto he recogido.

ANT. Mucho ha sido en tiempo corto.

CARL. ¡Tal fué mi afán!

ANT. Yo no sé
qué noto en tí.

CARL. Pues á fe
que es la alegría.

ANT. Sí... absorto
me tiene ese afán profundo.

CARL. (¡Que no sospeche es preciso!)
Quien alcanza un paraiso
¿qué más anhela en el mundo?
Quien un cielo á ver alcanza
tras de funesta memoria,
¿para qué quiere más gloria
que realizar su esperanza?
Entre mis tinieblas veo
un sol de pobres amigo
que habrá de darnos abrigo
con infalible deseo!
Cesen por hoy los rigores

de nuestra suerte inhumana,
la voluntad soberana
nos dará días mejores.

ANT. ¡A mis brazos!

CAR. Eso sí (abrazándole)
Pero un abrazo de veras;
necesito que me quieras
como yo te quiero á ti.

ANT. A la iglesia yo marché
en busca tuya y no estabas.

CAR. Es claro, no adivinabas
que otro camino tomé.
¿Cerrado hallaste?

ANT. Sí tal.

CARL. (Yo del crimen en el centro
me encontraba oculto dentro
por mi destino fatal!)
A la iglesia que iba antes
no vuelvo á ir; no dan nada,
y además que no me agrada...

ANT. ¿Hay muchos pobres?

CAR. Bastantes.

ANT. Vaya por Dios.

CAR. Mas que fieles...
Sí ya no hay quien lo resista.
Hay muchos pobres con vista
que antes vendían papeles,
pero que amigos del ocio,
aunque de remos cabales
aparentan muchos males
para explotar el negocio.

AMP. ¡Madre! (Dentro y con voz desgarradora)

CAR. ¿Qué es eso? ¿Has oido?...

ANT. Sí tal.

CAR. Esa exclamación
penetró en mi corazón
por el rayo ha tiempo herido.

ANT. La voz de Amparo salió.

CAR. ¡Oh, Antonio! ve á mirar.

ANT. ¡Ay, ojos mios, cegar,
si es que esa anciana murió.
(Se acerca á la primera de la derecha
Todo en calma ahora está.
¿Qué sucederá, Dios santo?
CAR. Tormenta que rujes tanto
desata tu fuerza ya
hasta que el rayo taladre
mi espiritu y pensamiento,
lanza desde el firmamento
si yo no salvo á mi madre
todos tus rudos furores
que no han de hacerme temblar
Tu rugir es divagar
en medio de mis dolores.
Si es que auxilio necesita,
Antonio...
ANT. Acudamos. si.
CAR. ¡Madre mia!
ANT. Por aquí.
(Le conduce á la puerta de la habitación)
CAR. ¡Madre! Justicia infinita,
que por voluntad del cielo
me abandonas con mi cruz,
lánzame un rayo de luz
sobre tanto desconsuelo.
(Vase primera derecha)

ESCENA XI

ANTONIO, *solo*.

¡Todo es silencio! Nos queda
todavía una esperanza.
(Fijándose en la bolsa que habrá dejado encima de la mesa)
¡Ah, el dinero! El dinero
es el que todo lo allana.
Yo mismo saldré enseguida
á recopilar sustancías
para volverla la vida. (Coge la bolsa).
Pesa la bolsa y... me extraña

que en tan reducido tiempo
se consiga... ¡Aparta, aparta,
pensamiento ruin que abrigas
unas ideas tan bagas...

Al registrar la bolsa saca un buril.)

¿Qué es esto? ¡Un buril! ¡Dios mío
Esta herramienta .. ¡Está clara

(como iluminado por una idea)

su intención! ¡Gracias Dios santo!
Tu providencia nos salva.
Iría á venderle... luego
al mirar que le alcanzaba
el dinero que traía,
desistió de tal. Bien haya
esa mano protectora
que este dinero otorgara.
Podré salir un momento.

(Escuchando á la puerta de la habitación.)

Nada se escucha en la estancia.
el doctor con él allí,
la enferma tranquila en cama...
Alienta corazón mío
que aún no ha muerto tu esperanza.

CAR. ¡Madre! (Dentro)
ANT. ¡Esa voz!... ¡Dios eterno!
CAR. ¿Madre? ¡Muerta!
ANT. Pobre anciana.

Antonie se dirige confuso á la habitación, mas el doctor que sale le detiene.

ESCENA XII

DICHO, DOCTOR, LUEGO UN INSPECTOR Y ALFREDO

DOCTOR. Espera.
ANT. No, si hago falta,
DOC. No es conveniente. Le ruego
que tengas, Antonio, calma.

(Aparecen el Inspector y Alfredo por el foro; éste parece indicar

á aquél que aquella es la casa, procurando siempre ocultarse detrás del Inspector.)

INSP. ¿Es usted Carlos?
ANT. Yo no.
hay otro que así se llama.
Mas ahora, no es posible
que en este momento salga.
Invadido por la pena
que la suerte desdichada
nos proporciona, le impide...
INSP. Es la ley quien le reclama.
ANT. ¡La ley á Carlos! mas ¿antes
podremos saber la causa?
INSP. En la iglesia donde acude,
y una limosna demanda,
y en el sitio que él ocupa
hay un cepillo de Animas
que se ha encontrado robado.
ANT. ¿Y creen?...
INSP. El deber me manda
cumplir mi misión; sospechas
que tienen de él, y eso basta.
DOC. No es posible...
ANT. Y yo repito
á esos viles, que le infaman,
que es inocente, lo juro.
INSP. Los juramentos no bastan,
preciso será probarlo.
Ordenadle sin tardanza
que se entregue á la justicia
ó mis agentes le sacan
amarrado por la fuerza.
ANT. ¡Si atropellarnos osaran (colérico)
si intentaran amarrarle
por esa fuerza tan bárbara,
á más de ir el inocente
yo marchara con más causa.
Sintió morir á su madre
de hambre... sí, y no robaba.

Yo, señor, lo hubiera hecho,
mas él no puede, no...

(Carlos aparece primera derecha en estado de desesperación, Alfredo al verle se dirige al Inspector indicándole por señas que aquel es Carlos.)

CARL. ¡Calla!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y CARLOS, luego AMPARO.

CARL. No disculpes, fuí ladrón
para dar pan á mi madre.
Partamos cuando le cuadre
y tratadme sin pasión.
Tan solo vuestro perdón,
Antonio, será mi anhelo.
¡Ese es mi solo consuelo!

ANT. ¡Yo volveré lo robado,
pero dejadle á mi lado!

INSP. Imposible.

DOCT. ¡Vive el cielo!

CAR. ¡No insistas! Lo merecí
y es justo sufra la pena.
¡Feliz, el que se condena
haciendo el delito así!
Aunque la honra perdí
y mi perdición alcanza,
aún me resta la esperanza
cuando me señale el mundo,
que solo un deber profundo
hoy al abismo me lanza!

(Se oye lejana la campanilla del viático, los actores al oir el sonido se descubren.

¡Oh! ¡La divina justicia
se retarda de la humana!
¡Cese, cese esa campana
que la ocasión no es propicia!
La honradez y la malicia

se encuentran en confusión.
Que vuelvan sin dilación
dando de virtud ejemplo
el señor, al santo templo,
á la cárcel, el ladrón.

(Vase Carlos conducido por el Inspector, Antonio y Doctor le acompañan hasta la puerta, quedando ambos en ella anonadados. Amparo, que en el momento de salir Carlos aparece primera derecha exclama aterrorizada):

AMP. ¡Hermano! ¡Carlos! ¡Dios mío!
ALF ¡Ahora ya estoy satisfecho!

Amparo al oir á Alfredo, retrocede dando lugar á fijarse en el buril que se halla sobre la mesa é iluminada por un rayo de venganza se apodera de él hiriendo á Alfredo que cae desplomado.

AMP. Y yo, rasgando tu pecho
de esta manera, hombre impío!
ANT. ¿Qué has hecho? (á Amparo)
AMP. Si, era su suerte
en premio de sus maldades...
pues tan rudas liviandades
se castigan con la muerte.

(El doctor examina la herida de Alfredo. Amparo, aterrorizada, de su crimen, reclina la cabeza sobre el hombro de Antonio)

CUADRO

FIN DEL DRAMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL DE ARRIBA Y EL DE ABAJO. Juguete cómico en un acto y en verso.

TRAICION Y LEALTAD. Drama histórico en un acto y en verso.

EL HIJO DEL TORRENTE. Drama en tres actos y en verso (1).

EL BARQUERO DE CANTILLANA. Melodrama de costumbres andaluzas, en tres actos y un prólogo, en verso (1).

CARLOS EL CIEGO. Drama en tres actos y en verso.

(1) En colaboración con D. Florentino Molina.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M.* M*urillo*, calle de Alcalá, 7; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *señores Simón y Comp.*, calle de las Infantas, 18, y principales librerías.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañado de su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.